

Educación de la mujer

La cuestión de si las mujeres tienen derecho a tomar parte en los trabajos intelectuales y pueden competir con los hombres las tareas científicas y literarias, ha tenido vivas discusiones entre escritores, siéndolas concedido este derecho por unos y negado por otros.

Si se tiene presente que las ideas femeninas son superficiales, que las mujeres se ocupan de las cosas más por impresión que por reflexión, que obran por impulsos del instinto más que por raciocinio y que si bien su imaginación es muy viva, su constitución es poco vigorosa para la profunda y sostenida atención que exigen las combinaciones complicadas y el desenlace de áridos problemas, se deducirá, de modo indubitable, el camino a seguir en la educación de la mujer.

Los feministas, haciendo alarde de argumentos que de ningún modo pueden constituir ley general, afirman que la mujer puede alternar con el hombre en las tareas del entendimiento y superarle en determinados problemas del espíritu.

Si ha habido entre griegos y romanos mujeres que han dado pruebas de poseer eminente tino de observación, fino y fecundo ingenio, perspicacia de sentidos y penetración delicada, no es ello bastante para establecer principios genéricos.

La estructura femenina excluye la profundidad, la perseverancia; la friolidad y versatilidad de ideas mantiene distante de las sublimidades.

Cuando no hay vigor en el pensar ni existe esa meditación, aislada de toda obra externa, que se requiere si ha de profundizarse en las cosas, no pueden producirse esos monumentos de Jurisprudencia, de Astronomía, etc. que son la admiración de los hombres. Y en las obras de esas mujeres privilegiadas que han aparecido en el transcurso de los siglos, como son Santa Teresa de Jesús, María de Agreda, Cecilia Bohl de Faber, Pardo Bazán, etc., se vé que han ostentado su genio en aquellas ramas del saber humano en las que de abstracción no precisa, como la Poesía, la Pintura, la Música, etc.; pero en sus producciones pueden encontrarse obras tan perfectas y transcendentales como las que nos legaron un Cervantes, un Shakespeare, un Newton, un Descartes, un Víctor Hugo, un Copérnico, etc. ?

La mujer jamás podrá remontarse a semejante altura porque la Providencia, la ha confiado destinos distintos, aunque acaso más altos, más elevados.

Por tanto la educación de la mujer ha de tender a desarrollar los sentimientos de moralidad, bondad, dulzura y honestidad que son prendas admirables en el adorno de la madre y de la esposa.

Madrid 31-3-27.

ALFONSO SÁNCHEZ RODRÍGUEZ.